

«Amores de Invierno»

Fragmento del Primer Capítulo de la novela
finalista del I Premio BLASCO IBÁÑEZ.

POR VÍCTOR CHAMORRO

PROLOGO

—Me llamo Víctor.

Así dijo, y fue la primera vez que oí su voz.

Era en Salamanca, en el Instituto «Fray Luis de León». Yo hablaba a los muchachos y veía un rostro —¿tendría quince años?— donde se daban cita de forma sorprendente Murillo y el Greco. Aquél estaba en el pelo y en los ojos; éste en el color y en la forma de la cara.

Y ahora se presentaba en mi despacho.

—Me llamo Víctor Chamorro y soy de Hervás.

Quería hablar conmigo. Yo me presté a ello. Y nació una amistad íntima; tan intensa y ferviente cual puede darse entre la adolescencia que se decide a abandonar su soledad y la madurez que, desde su alto equilibrio, es aún capaz de inclinarse con afecto sobre eso balbuciente, tímido, desconcertado muchas veces que es el interior de un alma juvenil.

Y pasaron los años. La vida nos separó. Y un día llegó a mis manos una carta que anunciaba un paquete. La carta era de Víctor: Quería ser escritor. El paquete contenía su primera novela.

Creo que a todos cuantos andamos con alguna fortuna por el mundo de las letras nos ocurre con frecuencia recibir originales de tantos y tantos alevines de novelista como andan por ahí. No es grato, porque decepcionar a un joven siempre es duro, y halagar sin esperanza es bajo menester. Por fortuna, es mucho el trabajo que uno tiene y cabe, cortésmente y sin mentir, declinar la responsabilidad. Pero a Víctor yo no podía hacerle eso.

«Tabaján» se llamaba el libro —luego cambió de nombre— y lo lei con verdadera atención, con interés. Comprendí —no sin sorpresa—

que allí había un escritor y me apresuré a comunicárselo al muchacho, no sin prevenirle de cuanto probablemente tendría que soportar si, dando mi opinión por válida, se decidía a emprender el camino de la literatura.

Y así acudió al «Planeta» la obra de un novel. Sin amigos en el jurado; sin recomendaciones en torno al mismo... Y la novela se defendió SOLA, llegando a la final y sucumbiendo, en la última ronda, ante «*El Cacique*», de Romero. ¿Mereció más como algunos dijeron? En la calle está el libro «*El Santo y el Demonio*». Juzgue cada cual.

No siendo cosa de cejar tan fácilmente, volvió a tentar la suerte en la misma palestra con «*El Adúltero y Dios*». Y volvió a llegar a la final para ceder tan sólo ante «*Los Enanos*», de Concha Alós, que venía lanzada por aquel famoso escándalo.

Como la vocación es pertinaz y terne la juventud, en la ronda final del «Blasco Ibáñez» estaba también Víctor, mi amigo infatigable, con una novela que yo también había leído previamente, encontrándola digna de la suerte mejor. Y llegó la postrera votación, y sólo por un voto debió ceder una vez más ésta ante Sebastián Juan Arbó, otro de los «monstruos» anteriormente consagrados.

—Víctor —le dije yo—, el testimonio de tres finales y el de tres nombres «situados» que te vencieron las dos últimas veces por un único voto cada uno es prueba suficiente para que pises firme. Si no conviene a otros, basta para convencerte a ti, y eso es lo importante.

AMORES DE INVIERNO ya no es la obra de un novel. Un novel carece del equilibrio, la contención, el matiz y la serenidad de que aquí da pruebas el autor.

AMORES DE INVIERNO es un maduro estudio del medio rural, aparentemente simple, pero hermético; tantas veces tratado y tan pocas con real profundidad.

AMORES DE INVIERNO es un hábil ensayo al pespunte de una anécdota leve sobre el viejo tema literario de los celos de un hombre.

AMORES DE INVIERNO tiene el tremendo acierto de que, sin darte apenas cuenta, acabas sin saber a qué atenerte, dudoso tú también, tejiendo y destejiendo, creyendo y no creyendo, participando, a la postre, de esa maldita condición que son los celos.

Esta es la novela de Víctor Chamorro, del pequeño muchacho que quería ser escritor... Que el lector juzgue y me diga si acierto cuando afirmo que lo es.

JOSE LUIS MARTIN VIGIL

Una explicación que dá JOSE LUIS MONTES CIBRINA y que ruega sea leída al principio y al final

«Cosa de poco valor es redactar la vida de una persona si no han mediado en ella grandes intereses, ni grandes aventuras».

Así se inicia el primer capítulo de esta historia como podrán leer en páginas más adelante.

No ha sido José Luis Montes Cibrina hombre culto, ni conquistador de territorios, ni político, ni hombre que, por sus empresas o aventuras, se haya hecho público y conocido. Nació humilde —tan humilde que mi alimento hube de buscármelo desde que me conocí con uso de razón— y moriré humilde. En ese puñado de años entre el nacimiento y la muerte —que cercana preveo— ha sido mi existencia obscura y poco conocida hasta el proceso. Después de él se han inventado leyendas, se ha lanzado infamia contra mi persona no preocupándose nadie de compenetrarse un poco con mi sufrimiento. He llegado a convertirme en hombre popular dentro de una extensa comarca, popularidad que detesto y me hiere, por haber nacido de circunstancias que deseo olvidar y que no podré olvidar mientras el nombre de Montes corra de boca en boca.

Se habla de Montes porque la Humanidad gusta de temas escabrosos y si a mí, un día aciago, me gustó derramar sangre, los que jamás la han derramado siéntense atraídos al conjuro de tal palabra y, con oscuros instintos, gustan de comentar el suceso y de hablar de mi persona con grande cinismo, puesto que me desconocen. Incluso en un periódico se me llegó a tachar de «fiera sanguinaria».

No es justo. ¡Qué importa que sea yo un preso! Lo que no es justo, no es justo. Pero no estoy despechado y con estos papeles, que he logrado escribir año tras año, día tras día, no trato de defender ni justificar mi vida, que para ello tendremos cada cual nuestro Juicio Final.

Creo que la persona sana lo comprenderá así. Pero habrá algún torcido que diga: «Habla como un santo. Este hombre tiene hechos de carnaval y palabras de cuaresma». Bueno, eso se verá cumplidamente. Debo decir que cada día me entristece más el mundo y los hombres que lo habitamos.

Hombres honrados se han roto —como aquellos fariseos— los vestidos comentándome. Yo les contestaré con palabras que recibí de mi padre porque, pobre de solemnidad, no me dejó hacienda en tierras ni en ganados, ni tampoco me dejó dinero alguno; su herencia fueron sa-

bias palabras que el tiempo no ha sido capaz de borrar de mi cabeza. Y mi padre dijo muchas veces: «De dinero y santidad, la mitad de la mitad».

Es hora de alzar la voz y gritar alto, en los oídos de esos prójimos que nos comparan con las fieras, que el peor de los presos puede haber sido en vida un hombre honrado y puede en la cárcel haber espionado cumplidamente su error.

He pensado que, desde la cárcel, puede uno sembrar y ser la causa de que se abran ojos cerrados como estuvieron los míos por el odio y por la locura que nace del odio, como nace de una triste semilla de cicuta la planta que, posterior, será veneno.

Me atrevo a decir que quiero enseñar; puesto que los hombres tenemos el mismo alma y corazón, puedo yo, torpe, enseñar al listo verdades de la naturaleza que no se encuentran en lecturas, ni en libros de ciencia, pero que sabemos comprenderlas porque, por igual y sin distinciones de cunas y fortunas, están grabadas en todos los corazones y yo he llegado a sentirlas. Mis palabras serán justas y puedo afirmar, debiendo hacerlo, que la pluma no la movieron mis dedos sino mi arrepentimiento.

Fui tejedor, amante del campo, aficionado a la naturaleza, amigo de la caza y siempre muy amante del saber y del progreso. Ello es la causa de que me haya dado por escribir y de que no escriba con la buena forma deseada, pues muchas veces exprésome de forma torpe, son mis ideas pobres y muy sabidas y sólo basadas en la experiencia de medio siglo de existir.

He de manifestar la dureza de mi trabajo para que se tome en cuenta y se lea. He escrito esta historia entre cuatro paredes, con poca luz, más frío del conveniente en invierno, más calor del deseado en verano. Con hambre y con sed, porque así me lo impuse, corrió la tinta por el papel un día y otro.

Difícil tarea para mí esto de escribir. He dado un orden a mi pensamiento y a todo cuanto deseaba expresar.

En esta historia de mi vida, cinco partes de ella son hechos, sucesos, casos que me ocurrieron año tras año. La última parte de mi vida la título «Del momento presente y meditaciones de un arrepentido». En ella narro mis consideraciones de los hechos de mi vida y de lo que a lo largo de ella he podido observar.

Van escritos estos papeles para mis cinco hijos que, posiblemente, me odien, renuncien a mi nombre y maldigan la memoria que dejé entre los demás.

También va escrita para todo el que la lea.

Estuve loco y ahora estoy cuerdo. Pronto retornaré a la sociedad de la que fui expulsado por perturbador. Un gran sabio dijo: Cuando un miembro del cuerpo tenga gangrena ha de cercenarse dicho miembro para que no contamine; y volvió a decir: Cuando un miembro del cuerpo social tenga gangrena debe de separarse para que no contamine. Y es justo. Tan justo lo veo que me desasosiega pensar he de salir de esta cárcel, pues gustaría de concluir aquí mi vida, abandonado de todos, a solas con mi conciencia. Pero aguardo el momento sereno, aunque sé que el día en que se me diga: «Terminó su condena», ese día comenzará la verdadera condena. El sol me besará otra vez, oíré cantar al ruiseñor, en celo, en las noches de Julio, pero los que me conocen — y me he impuesto volver allí donde siempre estuve, donde prendieron mis primeras raíces — me mirarán con distintos ojos. Es factible que alguno no me tienda su mano, me vea con sed y no quiera contaminar su agua, con hambre y no quiera ofrecirme el mendrugó que le sobra. Me imagino mi nueva vida y veo un antiguo amigo que no quiere hablarme, un compañero que me maldice, un torcido que comenta a mis espaldas: «Es peligroso» y «Ya anda suelto otra vez». Y mis hijos... dos de ellos a lo mejor casados...

Vuelvo sobre mis palabras. Con esta historia no busco procurarme una acogida amistosa. Quien me tienda sus manos y me dé ánimos con su mirada que lo haga de corazón. Comprender esto es cimiento necesario para comprender lo que a continuación sigue y para llegar a hacerse una idea de lo triste que puede ser la vida de un hombre que se vió llevado y traído por una mano de hierro al igual que una barca es zarandeada por las olas de un mar embravecido.

Juro que habla un arrepentido; en mi corazón, sereno de tormentas y en paz con mis pensamientos no anida mezquindad, ni odio, ni ambiciones. Y por ello puedo hablar al arriero y al sabio, al rico y al pobre, al político y al sacerdote, al obrero y al patrono. Y por ello les hablo.

Nada me une a la tierra pero estoy unido a ella porque la vida nos la dan y nos la quitan. Sólo deseo que la verdad salga de mi boca aunque duela y fustigue; con ella fustigaré lo conveniente, como fustiga el arriero al caballo que no anda — por vago — y se detiene.

La última parte de esta vida la ofrezco a manera de cosecha recogida en los años anteriores. La espiga dorada y madura de la verdad la muestro a manera de mi testamento. Será amarga como la cicuta, para muchos, más yo les enseñaré a beberla porque yo la bebo cada mañana cuando el gallo me despierta y, a solas con mi conciencia, lleno de frío, me enfrento con el mismo pensamiento de siempre:

«Estás aquí. ¿Por qué estás aquí?».